

El ensayo sobre el ensayo

Ángel Esteban (Universidad de Granada)

[Aínsa, Fernando (2014). *Ensayos*. Montevideo: Trilce, y Mérida: El Otro el Mismo].

El nuevo libro de Fernando Aínsa es una reivindicación del espacio creativo latinoamericano, de norte a sur. Publicado a la vez en Venezuela y Uruguay, esa doble ubicación pareciera un símbolo. De Bolívar a Galeano, del Caribe continental e insular al Cono Sur, el escritor aragonés y uruguayo propone en *Ensayos* (Montevideo: Trilce y Mérida: El Otro el Mismo) la vuelta a lo que fue el ensayismo latinoamericano hasta la llegada de la sinrazón academicista, ahogada en rankings, listas de revistas y editoriales bien “indizadas”, puntos para oposiciones, necesidad de incluir material teórico de “autoridades” que apenas conocen el mundo latinoamericano, aunque sí las últimas teorías sobre la “alteridad”, la “subalternidad”, la “otredad”, el “transatlantismo”, y las corrientes filosóficas y los apellidos de los escritores franceses y eslavos que todo el mundo debe conocer y citar, con el año entre paréntesis, los dos puntos y el número de página. Una sinrazón academicista además que hace peligrar lo que fue durante más de un siglo la esencia de lo ensayístico: decirlo todo, hasta lo más escondido, profundo y complicado, con el verbo más asequible y el estilo más literario. Escribir bien haciéndose entender, y sintiéndose libre dentro del género literario más acomodaticio, revolucionario y camaleónico, es decir, el género en el que Aínsa se ha sentido como pez en el agua y como guante adaptado a la mano en los últimos cuarenta años, porque él es uno de los eximios y exiguos exponentes todavía vivos de esa tradición. Fernando lo reivindica y se reivindica señalando que el ensayo fomenta la duda, la ruptura y la crítica, la renovación de un camino desde el margen, pensando más allá de lo que ya está pensado y de lo que el pensamiento canónico ha dejado impensado, como género donde cabe de todo, alrededor de una prosa fresca y espontánea, lejana del academicismo que ahora amenaza con destruir la complicidad entre autor y lector.

Partiendo de esa premisa, y comprometido en la lucha por volver a hacer del ensayo un vehículo que se regodee libremente en las formas múltiples que pueda asumir, Aínsa se pasea por los vericuetos de la memoria histórica, aceptando a esta desde el presupuesto de que no existe una memoria individual sin una interdependencia con múltiples memorias colectivas, señalando que la memoria no es un mausoleo cerrado sino algo que se mueve constantemente, desde el momento en que ella se recupera

mediante la palabra, y concluyendo que en la reconstrucción del pasado es tan fundamental la aplicación de la memoria como la del olvido, tan necesario como aquella en favor del porvenir. Y aunque el autor deja claro que la reconstrucción del pasado a través de la memoria es un territorio en el que la narrativa de ficción tiene tanto, o más, que decir que el ensayo, en el contexto de la América Latina, vuelve en una segunda parte del libro a la metanarración teórica sobre el ensayismo, indagando en los motivos que han hecho de él un género destacado en el ámbito latinoamericano. Entre otras muchas características del ensayo de Nuestra América, creo que debe destacarse su primacía con respecto a la filosofía, que hace de este mundo un lugar poco orgánico, poco riguroso, algo anárquico, bastante heterodoxo, rasgos que manifiestan la enorme riqueza del género, su versatilidad y su capacidad para evocar matices y elevarlo a la condición de alta literatura, donde la función estética es tan importante como la instrumental, si no superior. Los ejemplos de José Martí y José Enrique Rodó son suficientes para demostrar esa nota desde el comienzo de su andadura genérica. Aínsa propone cinco soluciones para no perder ese espíritu iniciático y fundacional, y para luchar contra el academicismo despersonalizador: propiciar una relectura de la Ilustración, acentuar su carácter crítico y dialogante, recuperar su vocación pedagógica, abrirse a formas informales de pensamiento y actualizar la función utópica de la historia americana.

El resto de la obra de Aínsa trata temas que se relacionan de uno u otro modo con la trama fundamental que ya se ha explicado: la relación entre la literatura y la sociología, las estructuras narrativas que merodean en torno al mundo de la música, y las miradas oblicuas, desde el margen, en la literatura y en la cultura latinoamericanas, resaltando el culto a la diferencia, a la originalidad, al matiz, a la libertad individual, al derecho a la marginalidad, la impertinencia, la hipersensibilidad y hasta la locura, como fuentes de miradas diferentes. En definitiva, el texto de Fernando Aínsa pretende señalar la diversidad en la unidad como nota primordial de la cultura de Nuestra América, que tantos frutos intelectuales y artísticos ha dado y necesita continuar dando, a través de la palabra.

Si siempre es un placer y un reto leer los libros de Aínsa, debo decir que la lectura de este me ha motivado especialmente, no solo por la sabiduría y el sentido común que rezuma en cada línea, sino porque la crítica al oscurantismo academicista es una idea que comparto absolutamente. Desde hace unas décadas, quizá desde los años ochenta, el discurso crítico ha ingresado en una espiral creciente de hermetismo, asociada a un falso complejo de inferioridad, como si la claridad significara simpleza. Tal vez fuera el lenguaje de la academia norteamericana el que contaminara al resto de los discursos críticos y contaminara asimismo al ensayo. Sin embargo, gracias a intelectuales como Fernando Aínsa, esta tendencia va retrocediendo. Es un verdadero lujo poder leer libros que, además de contemplar las ideas y los razonamientos más sofisticados, pueden ser entendidos gracias a un lenguaje que no se jacta en ponérselo difícil a los lectores.